LA NOVELA
TEATRAL
10 cts.
VENTURA de la VEGA
EL TERRIBLE PÉREZ
Zarzuela en un acto
Arniches y García Alvarez

Año III Madrid 14 de Abril de 1918 Núm. 70

LA NOVELA TEATRAL Director: José de Urquía

Complemento de la Novela Corta

Para que el lector juzgue la importancia de esta Revista, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar, pero cuya autorización ***ya nos ha sido oficialmente otorgada.***

Galdós.

Electra.—Doña Perfecta.—La loca de la casa.—Realidad.—La de San Quintín.*—Sor Simona.

Dicenta.

El Lobo.-Sobrevivirse.-El crimen de ayer.-El señor feudal.-Daniel.-Juan José.—Aurora.*—Luciano.*

Quintero.

El Patio.*—Doña Clarines.—La escondida senda.*-El niño prodigio.* —Pepita Reyes.

Arniches.

La sobrina del cura.—La casa de Quirós.—Las estrellas.— Doloretes.—La señorita de Trevelez.—La gentuza.—Noche de Reyes.

Arniches-G.ª Alvarez.

El terrible Pérez.*—El cuarteto Pons.*-El Príncipe Casto.*-El Método Górritz.*—Mi papá.*—Gente menuda.*--El fresco de Goya.*--El pollo Tejada.*-El perro chico.*-Alma de Dios.—El pobre Valbuena.

Alvarez-Muñoz Seca.

El verdugo de Sevilla.--Fúcar XXI.-La frescura de Lafuente.-El último Bravo.—Los cuatro Robinsones.—Pastor y Borrego.-Trampa y cartón*

Villaespesa.

El rey Galaor.-Aben-Humeya.-La Gioconda.-Doña María de Padilla.-La leona de Castilla.-El Halconero.*

Abati - Paso.

La Divina Providencia.*—El gran tacaño.—El río de oro.—El infierno.*—Los perros de presa.—El Paraíso.*—La mar salada.*—La bendición de Dios.*—El asombro de Damasco.*—El tren rápido.*-—El velón de Lucena.*-—Nieves de la Sierra.*—La alegría del vivir.*

Vital Aza.

Francfort.—La rebotica.--Ciencias exactas.—La Praviana.—Parada y Fonda.—Tiquis Miquis.—La sala de armas.

Comedias.

Trata de blancas.—El místico.—Los semidioses.—Las cacatúas.—Charito, la Samaritana. — Todos somos unos.— El cardenal. — El hombre que asesinó.—Serafina, la Rubiales.—La eterna víctima.--Jimmy Samson.—Lopez de Coria.—Primavera en otoño.—El misterio del cuarto amarillo.—Primerose.—Raffles.—Mirandolina,—Genio y figura.—Petit-Café.—Los noveleros.—La Tizona.—Miquette y su mamá.-Los gemelos.-El chico del cafetín. —El ama de la casa.

Zarzuelas.

La viejecita.-La alegría de la huerta.—La marcha de Cádiz.—Gigantes y cabezudos.—La Corte de Faraón.*—La Tempranica.*—El duo de la Africana.*

(*) Las obras señaladas con asteriscos serán en breve publicadas.

El Terrible Pérez

HUMORADA TRAGI-CÓMICO-LÍRICA EN UN ACTO Y CUATRO CUADROS

original de los señores

ARNICHES Y GARCIA ALVAREZ

PERSONAJES

LA BELLA COCOTERO. - DOÑA TERESITA. - OFICIALA 1.ª - IDEM 2.ª - IDEM 3.ª - IDEM 4. PEREZ. - CONCORDIO. - BENITEZ. - SATURNINO. - AMIGO 1.º - DON FIDEL. - DON BRAULIO. - UN POLLO CURSI. - AMIGO 2.º - UN CIEGO. - REVENDEDOR 1.º - POLLO 1.º - IDEM 2.º - MARIANO. - CAMARERO 1.º - AMIGO 3.º - IDEM 4.º

La acción en Madrid. - Epoca actual.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Interior de un establecimiento de sastrería. Al foro, en la parte derecha, un gran escaparate hasta el suelo con letrero que dice: «Sastrería» y lleno de piezas de tela colocadas simétricamente, y en ellas prendidas tarjetones que indican los precios, según es uso en estos establecimientos. Alrededor maniquís con trajes de marinero, y en el suelo, sobre tarimas y formando pendiente de espaldas al público, dos maniquís con abrigos de caballero; el que está más cerca de la puerta de entrada ha de ser un mackferland. Todos llevan colgados cartelones marcando diferentes precios. Al foro izquierda, la puerta de entrada al establecimiento con su puerta correspondiente que se abre hacia el interior. En las laterales derecha dos puertas practicables, entre ellas una estantería figurada con piezas de tela, y al lado un clavo con patrones, reglas, etc., etc. Delante una gran mesa de cortar y en el testero de abajo varias piezas de tela de diferentes colores y otras de las que se usan para forros. Entre el escaparate y la puerta de entrada una estantería corpórea con piezas de tela. Al lado de la puerta dos o tres maniquís con prendas de niño. En la parte izquierda de la escena una pequeña división hecha con un trasto en forma de biombo, pero con puerta con cortina encarnada que da paso al probador, en el cual hay espejo, perchero y sillas, en las cuales aparecen prendas de caballero a medio confeccionar. Convenientemente repartidas por la escena sillas de madera curvadas. En la mesa de cortar, centímetros de sastre, jabonciito de señales, libro de medidas, tijeras grandes, tintero, plumas, etc., etc. Es de día.

Al levantarse el telón aparecen don Braulio probando una americana al Pollo Cursi en el probador. Concordio detrás de la mesa recibiendo el trabajo a cinco pantaloneras y Saturnino arreglando piezas de tela en la estantería del centro. Al final un ciego.

MÚSICA

CONC. Esto es inaguantable
completamente,
me traéis un trabajo

tan indecente,
que yo me irrito
y os digo desde luego
que no lo admito.

—

PANT. ¿Pero qué tienen
los pantalones?
¿No ves presillas?
¿Faltan botones?
¿Y la cintura?
¿*Tiés* que decirnos algo
de la costura?

(Concordio sigue examinando la labor.)

—

BRAU.—(Al Pollo.)
¿Le gusta a usté de corta
como ha quedado?

POLLO. Parece que hace un pico
por este lado.

SAT.—(A Concordio.)
¿Y los *cheviotes?*

CONC. Pues los puse ayer tarde
con los *tricotes.*

(Tira con furia la costura encima de la mesa.)

PANT. ¡Chico! ¡Chico!
¡qué mal genio que gastas
para vivir!
Tú debes de tomar píldoras
del señor *Clin.*

CONC. Pero esto no es costura,
si es un zis-zás.

BRAU.—(Al Pollo.)
¿Quiere usté que metamos un dedo?

POLLO. Es que tengo miedo.
no suba de atrás.

—

PANT.—(A Concordio que sale de detrás de la mesa y va a la estantería por piezas de tela.)

No te tomes, Concordio,
tanto disgusto,
que estamos deseando
de darte gusto,
pues yo dejo el trabajo
si un día encuentro
cosiendo pantalones
un hombre dentro.
¡Quién lo pescara!
¡Quién lo pillara!

CONC. ¡Sinvergonzonas!
¿Queréis callar?

PANT. ¡Quién lo pescara!
¡Quién lo pillara!

CONC. ¡Arza, gandulas,
a trabajar!

(Concordio vuelve a la mesa y empieza a repartir trabajo entre las pantaloneras. En este momento llega el ciego a la puerta, abre y dice con una voz lo más aguardentosa posible.)

—

CIEGO. ¡Ay, mamita del alma mía!

¡Ay, no sé lo que va a pasar!
¡Ay, mamita que está la España
sin que la sepan ni gobernar!

—

(Hablado.) ¿Hay una limosnita para un pobrecito ciego de la vista?

CONC.—Viene usté engañao, amigo.

CIEGO —¿Qué?

CONC.—Que el establecimiento de jaulas pá grillos está dos puertas más abajo.

CIEGO.—No se pitorree el joven, que algún día puede que se vea como yo... como yo no me veo.

BRAU.—Dale un perro chico y que ahueque.

CONC.—Toma, tú. (A Saturnino, que coge el perro chico y se lo da al ciego.)

SAT.—(Dándole la limosna.) ¡Hala, de verano!

CIEGO.—Dios se lo aumente, pollo, y le dé aquello que sea más de su *comenencia*. (Haciendo mutis foro izquierda.)

¡Ay, mamita del alma mía! etc., etc.

(Las pantaloneras hacen mutis por el foro y entra el

HABLADO

(Sin terminar la música.)

BRAU.—Bueno, sí; ya lo veo. Estrecharla de los costados, alargarla la manga, meterla de sisa, subirla de hombros, bajarla de atrás y redondearla de alante, y por lo demás no hay que tocarla.

POLLO.—(Quitándose la americana de prueba y poniéndose la suya.) Perfectamente, querido maestro, de acuerdo. Y respecto a detalles, ya lo sabe usted: hombreras altas, bolsillos a la derecha, mangas de cartera, espalda sin costura, forros de satén, chaleco de dos filas, pantalón abotinado, ojal en la solapa y la nesga muy fruncida, que eso me dice muy bien.

BRAU.—(¡Y todo eso para un traje de treinta y cinco pesetas!)

POLLO.—(Poniéndose el sombrero.) Conque no se olvide nada, ¿eh?

BRAU.—Descuide usted.

POLLO.—(Dándole la mano.) Pues, querido maestro, *arre vuar*.

BRAU.—Arre... pollo. (¡El primer chaparrón me vengará!)

POLLO.—(Sale del probador tarareando.)

«Yo he sido pitillera,
maestra de labores...»

BRAU.—Lo creo.

POLLO.—(Al pasar por delante de los dependientes.) Soy de ustedes. (Vase foro izquierda.)

CONC.—Que usté siga... (Dirigiéndose a Saturnino.) A ese pollo lo he visto yo asao en casa de *Turúnié*.

Concordio, Saturnino y don Braulio

BRAU.—(Saliendo del probador con la americana de prueba.) ¡Concordio!

CONC.—¡Mande usté!

BRAU.—Entrega eso y que le pongan forro. (Tirando la americana encima de la mesa.)

CONC.—¿Sarga?

BRAU.—Percalina y un millón de gracias. (Muy enfadado.) ¿Cuándo acabarás de aprender? (A Saturnino que está distraído.) ¿Y tú qué haces, Terranova?

SAT.—Yo estaba...

BRAU.—En *Babia*, como siempre. A ver si limpias los maniquís, que están de polvo que chillan. ¡so gandul!

SAT.—Voy voy. (Coge los zorros y sacude los maniquís.)

BRAU.—(A Concordio.) Y tú a ver si me acabas ese chaleco.

CONC.—(Enseñándole uno.) Estoy en los remates.

BRAU.—¡En los remates y debía haberse entregao ayer! ¡Valientes holgazanes! Vosotros, por lo visto, habéis tomao este establecimiento por una especie de *me alegro verte bueno* de ropas hechas.

CONC.—¿Yo?

BRAU.—Tú y ese limpiatubos, sí señor. Y hemos acabao; si viene alguien en el obrador estoy. ¡Pues señor, vaya una gentecita! (Vase segunda derecha.)

Concordio y Saturnino

SAT.—¡Chico, como está el principal!

CONC.—¡Está pa darlo en alquiler! (En este momento atraviesa don Fidel por el foro derecha a izquierda. Concordio mira por el escaparate y dice dirigiéndose a Saturnino.) ¡Pero contra, qué veo! ¡Sí!

SAT.—¿Qué es?

CONC.—¡Anda, corre, asómate! ¿No es aquél el marido de doña Teresita?

SAT.—(Despues de mirar por la puerta.) ¡Sí, es don Fidel!...

CONC.—¡Don Fidel! Pues la Providencia nos ayuda. (Sale de detrás de la mesa y coge de una mano a Saturnino, dándole gran importancia a lo que habla.) ¡Saturnino, acaba de llegar el momento *solene*!

SAT.—¿Qué, la subo ya?

CONC.—Sin perder un menuto.

SAT.—Venga.

CONC.—(Sacando una carta del bolsillo.) Toma. ¡Y por Dios, Saturnino, que si esa carta llega a manos de doña Teresita, es una panacea de amor; pero como la cogiera el marido era un rompecabezas.

SAT.—No tengas cuidao.

CONC.—¿Tú qué es lo que más aprecias en este mundo?

SAT.—El cabello.

CONC.—Pues júrame por esa melena castaña que antes de entregarle la carta a otra persona la deglutes.

SAT.—Te lo juro.

CONC.—Bueno, pues arrea. Y pa disimular, llévate estos pantalones a cá la Rita. (Dándole unos.)

SAT.—Trae.

CONC.—¡Saturnino, por Dios!

SAT.—Descuida... (Vase foro derecha.)

Concordio.

CONC.—Y ahora sube, llama, le abre la Emeteria, le da la misiva, ésta se la entrega a doña Teresita, que la lee ávida, la produce el efecto... que la produzca, y dice que sí. Y con esto, he hecho al señor Pérez el más feliz de los mortales. Porque estos amores no son cosa mia, yo *intrevengo* de segunda mano. Esa carta la remite el señor Pérez—un parroquiano de aquí—por mi conducto a doña Teresita—la modista de ahí enfrente—favor que yo le hago por la amistad y por las veinticinco pesetas que le profeso, digo, que me ha ofrecido, por tratarse de una cosa tan arriesgada; porque si esa carta llegase a manos del marido, con el genio que tiene, bajaba, y los resíduos del señor Pérez y los míos tenían que llevarlos a la fosa común en un pulverizador. Gracias a que aquí hay *perespicacia*, y en este momento estará sola doña Teresita *embebecida* leyendo las frases de amor y de..

Concordio y doña Teresita.

TER.—(Que ha venido foro derecha abriendo la puerta.) ¡Buenos días!

CONC.—(Aterrado.) ¡Demonio! ¡Doña Teresita! ¡Ella aquí!

TER.—¿Qué te sucede?

CONC.—Pero... ¿pero no está usté en su casa?
TER.—Ve a preguntar y verás como no.
CONC.—¡Cielos!
TER.—¿Estás solo?
CONC.—Sí... sí señora...
TER.—M'alegro tanto. Voy a ser corta. Dos palabras.
CONC.—Usté dirá.
TER.—Pus ná, que venía a hacerte un encarguito.
CONC.—¿Y qué es ello?
TER.—Pus que cuando venga el tío viejo ese que me está haciendo guiños dende hace un mes, que le digas que estoy decidida, que sí, que su tipo me gusta muho pa un pím, pám, púm.
CONC.—Doña Teresita...
TER.—Y le añades que soy una mujer casada, y que si lo que está haciendo son oposiciones a una plaza de palillero, l'ha ganao, porque mi marido tendrá el gusto, uno de estos días, de hacerle los *abujeros* que son del caso.
CONC.—Doña Teresita...
TER.—Y que pa viejos ya tengo unos zapatos. ¿Tú me entiendes?
CONC.—Pero doña Teresita, por Dios, que usté me ha tomao a mí por otro.
TER.—Por otro sinvergüenza como él; no vas *erraó*, aunque debías. Y por último, en mi pueblo, a los que hacen tu papel, les llamamos de cuatro maneras: morrales, indecentes, sinvergüenzas u *tercerolas;* escoge la que más te guste. (Hace mutis foro izquierda.)
CONC.—(Siguiéndola hasta que sale del establecimiento.) Pero ¡doña Teresita! . pero ¡doña Teresita!... doña Teresita!... (Bajando al proscenio.) Güeno, pues esa *ndevidua* se pone en el balcón *Madame Therese* con una hache en la metá. ¡Miá que «Madame» con ese vocabulario! Y gracias que lo ha dicho con medias palabras. ¡Pero lo grave es que no estaba en casa y que Saturnino ha ido y!... ¿Pero qué l'habrá pasao? (Sube a mirar hacia el foro derecha abriendo la puerta.) ¡Calle, el señor Pérez viene, m'alegro! Y eso que no le digo nada hasta sacarle las veinticinco pesetas. Anda, ¡pero qué tío, y viene piropeando a una chula! No deja una... ¡y tié una suerte!

Concordio, el señor Pérez, una chula que pasa.

PEREZ.—(Foro derecha.) ¡Olé ya la sangrecita de mi cuerpo, serrana mía! ¡Bendita sea la... (En este momento, que coincide con la llegada a la puerta, la chula le dá una bofetada y desaparece. Concordio no ha cesado de envidiar la suerte que tiene Pérez para las mujeres hasta este momento. Pérez entra en la tienda con la mano en el carrillo pero radiante de felicidad.) ¿Has visto, Concordio? ¿Has visto que rubia?
CONC.—Y la he oído.
PEREZ.—Es Milagros, le hija del hojalatero del catorce. Hace un mes que la tengo echao el fallo. Dentro de ocho días la verás rendida.
CONC.—Si las da tan fuertes, lo creo, porque la bofetá ha sido pa desvanecer toda ilusión.
PEREZ.—¡Ay, querido sastre, cuán inconsciente y cuán fútil eres! ¡Qué mal conoces al bello sexo! ¡La mujer es como la cola, apreciable Concordio! Cuando pega, es que empieza a estar en su punto.
CONC.—¡Pero cuidao que es usté terrible pa las mujeres, señor Pérez!
PEREZ.—¿Y qué quieres que yo le haga? Fíjate: Tipo, impresión, cubierta a dos tintas, amenidad en el texto, información telegráfica sin hilos, varios pasatiempos, y rompecabezas con juguete. Soy el A. B. C. de la seducción.
CONC.—Bueno, ¿pero esa pasión por las mujeres, cuándo le ha nacido a usté?
PEREZ.—Nací con ella. Baste decir que mi primer piropo fué para la comadrona. Apenas me recogió en sus brazos, la dije: ¿dónde podemos vernos a la noche, pimpollo?
CONC.—¡Qué exagerao! (Se pone a cortar una prenda en la mesa.)
PEREZ.—Pero, ¿dónde hay nada, querido *tailleure*, comparable a la mujer? ¿Por

qué naces?, por la mujer. ¿Por qué sufres?, por la mujer. ¿Por qué ríes?, por la mujer. ¿Por qué estás con esas tijeras corta que corta?...

CONC.—Por catorce *riales*.

PEREZ.—¡Ah, la mujer, la mujer, la mujer!

CONC.—Pero, ¿la mujer de quién?

PEREZ.—La mujer, en globo; hablo en globo. La mujer, yo la tengo comparada a un tranvía, que se toma a ciegas; lo mismo te puede llevar a Leganés que dejarte en Pardiñas.

CONC.—Pues yo a la mujer la comparo a una báscula automática. Porque no me arrimo a una que no me pese.

PEREZ.—(Dándole un cogotazo.) ¡Que no te pese! ¡Sedicioso!

Dichos, Benítez, que viene foro derecha y se detiene en la puerta.

BEN.—¡Pérez! (Asomándose.)

PEREZ.—¡Hola!, ¿eres tú, Benítez?, pasa, pasa. (Benítez entra y cierra.) Es un compañero de glorias y fatigas. (Presentándoselo a Concordio.) Especialidad en viudas recientes.

BEN.—(Saludando a Concordio.) Adiós, pollo.

PEREZ.—¿Qué traes?

BEN.—(Confidencialmente.) La Balbina y la Pepa, cosa hecha.

PEREZ.—¿De veras?

BEN.—Lo que oyes. Acabo de hablar con ellas y nos esperan esta tarde junto a la Florida pa irnos a los Viveros y que celebremos los cuatro un *metin* con kilo y medio de chuletas y el vino que se calcule.

PEREZ.—¡Eres el demonio, Benítez! ¿Y a qué hora?

BEN.—No sé; eso voy a ver. Si han salido los maridos, bajará la Pepa a decirme la hora en punto.

PEREZ.—Pues corre a escape y aquí te espero.

BEN.—No tengas cuidado.

CONC.—¿Y de qué se trata, de algún estropicio mujeriego?

PEREZ.—Pues de dos casaditas que así, a la simple vista, rutinarias; pero las miras al trasluz y que te diga Benítez.

BEN.—¡El marasmo, pollo!

CONC.—(¡Que par de alicáncanos, rediez!)

PÉREZ.—¡Que no faltes, Benítez!

BEN.—Mi palabra. No te muevas de aquí, que vuelvo.

PÉREZ.—Adiós, Benítez.

BEN.—Conservarse, pollo. (Vase foro derecha.)

CONC.—Usté lo pase bien. (A Perez.) Vaya un caña que debe estar este señor, ¿eh?

PÉREZ.—¿Quién, Benítez? ¡Calla, hombre! ¡Pa juergas, impar! Ese tío si se empeña se va a la Castellana, sube al pedestal, convence a doña Isabel la Católica, la desmonta y se la lleva al café Habanero.

CONC.—¡Rediez!

PÉREZ.—Como que me ha dicho a mí que no lo ha hecho ya por respeto al sacerdote que la conduce.

CONC.—¡Vaya un raspa!

PÉREZ.—Ahora, que Benítez, comparao conmigo, es una lenteja. ¡Cuándo hará Benítez lo que hice yo el año pasao!

CONC.—¿Qué hizo usté?

PÉREZ.—¡Pásmate! En un día conquisté cinco casadas.

CONC.—¡Señores!

PÉREZ.—Señoras, hombre.

CONC.—No, si lo digo de *amiración*. ¡Señores, cinco!

PÉREZ.—La mujer de un americano, la de un torero, la de un capitán, la de un maestro de escuela y la de un baturro que vendía melocotones; esa pa postre.

CONC.—¡Qué atrocidaz!

PÉREZ.—Ahora... ahora sólo me falta una, la modista de ahí enfrente. Esa, esa es mi delirio.

CONC.—¡Ah! A propósito, ya le he mandao la carta.

PÉREZ.—¿Con Saturnino?

CONC.—Sí, señor.

PÉREZ.—Pues como yo consiga que lea mi carta y pueda hablar esta noche con ella en el baile de máscaras, mañana jugaré a la taba con el corazón de esa pobre víctima.

CONC.—¡Pa mí que a usté le ha sacao de pila don Juan Tenorio!

PÉREZ.—Y estoy bautizao en San Andrés de los Flamencos, conque pa qué quieres más señas.

CONC.—(Viendo aparecer por foro derecha a la Bella Cocotero que se detiene un momento en el escaparate.) ¡Chists! ¡Silencio, repare usté!

PÉREZ.—(Contro, qué tipo! ¡La Cibeles en traje de calle! ¡Qué cara, qué cuerpo, qué curvas!

Dichos y la Bella Cocotero.

COC.—(Abre y entra.) Bueno día. (Cierra la puerta.)

PÉREZ.—¡Qué mujer! ¡Concordio, por tu salud, déjame enterderme con ella! (Se quita el sombrero y se cuelga del cuello un centímetro.)

CONC.—¡Que pué bajar el principal!

PÉREZ.—No temas, déjame.

COC.—¿El prinsipá. me hase er favó?

PÉREZ.—El principal está a los pies de la belleza soberana que acabamos de tener el gusto de que haya penetrado en este establecimiento, donde el corte, economía...

CONC.—(Saliendo de detrás de la mesa.) Usté dirá lo que guste, señora, porque el señor...

PÉREZ.—Corta y enmudece. (Concordio vuelve a su sitio.)

COC.—Pué yo ¿sabe? deseaba de su bondá...

PÉREZ.—Pero tome usté asiento, señora, y dispense usté que la ofrezca una silla; no tenemos aquí el trono que merece ese... ese cuerpo soberano. Son de madera curvada, pero muy decentitas.

COC.—Tanta grasia. ¡Qué amable! (Se sienta.)

PÉREZ.—(Apoyándose en el respaldo de la silla por la parte del asiento y balanceándose suavemente para que al final del párrafo se incline hasta casi tocar Pérez a la Bella Cocotero, quedando en la silla montado a caballo frente a ella.) Y ahora usté tendrá la mercé de mover los pétalos de sus labios carmíneos y explicar lo que anhela.

CONC.—(¡Este tío está largando un artículo de *Vida Galante!)*

COC.—Pué yo deseaba, ¿sabe? que me dijese, qué tricó, qué patén, qué chević tienen ustedes.

PEREZ.—¿Que? (¡No he entendido una palabra!)

COC.—¿Qué sarga?

PEREZ.—¿Que sarga quién?

COC.—¿Que qué sarga, qué chevió, qué tricó, qué paño tienen ustedes?

PEREZ.—¡Ah, paño! ¿Que qué paño tenemos? ¡Ah, señora! Tenemos un inmenso surtido en altas novedades, procedentes de las más acreditadas... (¡qué mirada tan dulce!) de las más acreditadas confiterías... digo, fábricas de Europa y extranjeras... (¡qué curvas!) Concordio, sácate el chevió. (Dándose mucha importancia.)

CONC.—¿Quiere la señora que le saquemos también patenes?

COC.—Saquen, saquen.

PEREZ.—(Remedándola.) Saquen, saquen. (Acercando la silla y jugando con el centímetro.) (¡Pero qué embriagadora es esta mujer!) Y usted... ¿es andaluza, aunque sea mal preguntado?

COC.—No señó, soy americana.

PEREZ.—¡Americana! (¡de dos filas!) ¡Ay, perdón, la he dado a usted con el centímetro!

COC.—No hay de qué.

PEREZ.—Oiga usted, ¡delirio! ¿Y nativa de dónde?

COC.—De Tampico, Méjico.

PEREZ.—¡Conque *tampicona!* Yo he tenido muchos años una americana, pero no tan bonita como usted.

COC.—¿De dónde era?

PEREZ.—De *Alpaca.*

COC.—*¡Alpaca*, no sé dónde está!

PEREZ.—Ni yo; se la dí a un sobrinito, se me quedó corta... cosas de familia. Y usted, lo que desea por lo visto, es escoger género para sorprender a su esposo con algún pantalón... o con una levita.

COC.—No señó, er traje e pa mí *mimita.*

PEREZ.—*¡Pa usté mimita*, carape!

COC.—Sí señó, no le sorprenda, ¿sabe? Yo soy *chantés:* vengo de *Foli Bergé* de *Parí* de cantá y bailá *dansone* de mi tierra, ¿sabe? Y ahora estoy contratada en Romea y voy a cantá uno *cupié* y nesesito un traje de *smokin.*

PEREZ.—¡Calle, ahora que reparo! ¿Usted no es la bella Cocotero?

COC.—La misma, pa servirle. (Levantándose.)

CONC.—¡Anda diez, la Cocotero! (Saliendo de detrás de la mesa.)

PEREZ.—¡Rediez! (Sube las sillas a sus sitios.) ¡Pues poquitas veces que la tengo arrojado a usted el sombrero a las tablas! Entre la *Chelito* y usted he hecho cisco dos hongos!

CONC.—Y yo un *flesible.*

COC.—¡Tanta grasia!

PEREZ.—¡La bella Cocotero, ya lo creo!

COC.—Pues ya sabe mi *ojeto.* ¿Si quiere tomarme medida del traje, sabe?

CONC.—No sabe.

PEREZ.—Que te calles.

CONC.—Digo que eso de las medidas es cosa mía, ¿sabe usté?

PEREZ.—A esta señora la mide tu principal y tú enmudeces y apuntas.

COC.—Mejó será.

PEREZ.—(¡Yo me descorcho de deleite! ¿Con qué se tomará esto? (Pérez se dispone a tomar las medidas y Concordio va a la mesa, abre el libro y se dispone a ir apuntando.)

MÚSICA

(Durante este número, todas las medidas que se nombran las va tomando Pérez, casi sin mirar el centímetro, pero dándose mucha importancia, como el que sabe lo que está haciendo, y cada vez más admirado de los encantos de la Cocotero. La medida de «tiro» se debe dar a entender al público, que se supone, por la proporción de las otras.)

PEREZ. Si le parece a usté
podemos empezar.
Verá usté, hermosa niña,
qué contenta va a quedar.

COC. Dispuesta estoy, señó
y sepa su mersé
que si hase mi gustito volveré.

PÉREZ.—(A Concordio.)
Apunta, tú.

CONC. ¡Qué *sansfación!*

PÉREZ.—(Disponiendo el centímetro.)
Comenzaremos por el pantalón.

—

(Se pone de rodillas.)

Le voy a usté a cortar un pantalón
que va a llamar de fijo la atención;
muy natural
que caiga así (Con naturalidad.)
y un si es no es estrecho por aquí.

(Por abajo)

(A Concordio, después de tomar medida por abajo.)

«Setenta y dos.»
«Cuarenta y tres.»

CONC.—(Apuntando.)

(¡Válgame Dios
qué bruto es!
¡Está haciéndolo todo del revés!)

—

PÉREZ.—(Levantándose y tomando medida.)

Veintiuno de cintura.
(¡Qué moneria!)
Cadera ciento veinte.
(¡Anm, me la comía!)

(Arrodillándose.)

De tiro, ochenta y siete.

CONC.—(Acercándose.)

¡Qué disparate!
¿Pero qué tiro es es?

PÉREZ.—(Rechazándolo.)

(¡No me interrumpas!
¡El que te mate!)

—

COC. ¿Me medirá
bien su mersé?

PÉREZ. No tenga usté cuidao, vuélvase usté.

—

(La Cocotero se vuelve de espaldas al público.)

(¡Anda, Dios!
Por detrás
esta hurí me gusta mucho más!)

CONC.—(Al ver la admiración de Pérez.)

¿Pero hombre, dicta usté?

PÉREZ.—(Levantándose y tomando medida.)

De espalda, ciento diez.

CONC. ¡Qué *exorbitez*!

PÉREZ Ahora el pie
saque usté
para ver el ancho que nos da:

(La Cocotero se vuelve cara al público y enseña el pie.)

¡San Ramón!
¡Qué bien está de pie!

CONC. ¡San Trifón!
Lo mismo que *sentá*

—

PÉREZ Aunque es una molestia para usté
de pecho la medida tomaré.

COC. Qué esté bien *ajustao*.

PÉREZ *Setenta y tres pelao*.

CONC. (¡Pues vaya unas medidas que a *tomao*!)

—

PÉREZ. Ya verá usté
qué confección,

qué exactitud,
qué precisión,
qué bien *cortao*,
qué *novedá*...

CONC. (¡Qué *desahogao*,
qué atrocidá!

COC. ¿Me dise el niño la verdá?

CONC. ¡Anda el niño, y puede ser su abuelo!

—

COC.
PÉREZ } ¡Es la verdá!
CONC. } ¡Qué atrocidá!

HABLADO

CONC.—(Aproximándose con el centímetro y poniéndose de rodillas.) ¿Me permite usté que la *retifique*, siquiera el tiro?

PÉREZ.—(Dándole un empujón.) ¡Pero quita, hombre! ¡Se ha empeñao éste con el tiro! (Concordio vase a la mesa y coloca varias piezas de tela encima, entre ellas un par de llamadas de forros a cuadros grandes, preparándolas para ser examinadas por la Cocotero,)

COC.—¿Pero no basta?

PÉREZ.—Pues claro. Respecto a medidas están tomadas las necesarias.

COC.—¿Y para la prueba?

PÉREZ.—Para eso tendremos el gusto de pasarnos por su casa.

COC.—(Sacando del tarjetero una tarjeta y entregándosela.) Ahí van mis señas.

PÉREZ.—(Leyendo.) «Caballero de Gracia...» Iré yo. En cuanto al género... (Aproximándose a la mesa con la Cocotero y cogiendo una pieza de tela a cuadros.) Aconsejo a usted que elija este.

CONC.—(¡Pero si este es de forros!)

PÉREZ.—Que elija este para los forros y para encima de los forros...

COC.—(Señalando uno.) Este me gusta, ¿sabe?

PÉREZ.—Bueno, pues este apártalo. (A Concordio. Mirando en el libro.) ¿A ver? ¡Se ha olvidado! ¿Me permite usted que tome medida del brazo, qué?... (La mide el brazo, y al llegar con el centímetro a la mano la da un beso.)

COC.—¡Caballero!

PÉREZ.—«Caballero de Gracia», no se me olvida.

COC.—¿Y presio, me dise?

PÉREZ.—¡Precio! ¿Precio tratándose de usté? Usté da lo que quiera... y como quiera...

CONC.—Oiga usté, poco a poco.

PÉREZ.—Pues eso la estoy diciendo; poco a poco da usté quince duros... da veinte duros...

CONC.—Que no puede ser, que en veinte se pierde.

COC.—Usté *caya*.

PÉREZ.—No haga usté caso, acaba de llegar del pueblo.

COC.—Pue tanta grasia y usté siga bueno.

PÉREZ.—¡Adiós, querube!

CONC.—Señora, que no puede ser. (La acompaña Pérez hasta la puerta haciendo muchas reverencias y no permitiendo, a fuerza de patadas hacia atrás, que Concordio se aproxime.) ¡que en veinte se pierde!

COC.—Adió. (Cierra la puerta y vase foro izquierda.)

CONC.—¡Que no puede ser, que en veinte se pierde, que en veinte se pierde!

PÉREZ.—¡Calla, loco!, ¿qué se va a perder? ¡Con una mujer así no se pierde nada! (Bajando al proscenio.)

CONC.—Y usté ha tomao las grandes medidas... pa la funda de un sofá.

PÉREZ.—Mañana vas tú y rectificas.

Dichos y Saturnino, foro derecha.

CONC.—¡Calle usté por fin! (Reparando por el escaparate y dirigiéndose a la puerta y abriéndola.)

PÉREZ.—¿Qué pasa?

CONC.—Saturnino que viene.

PÉREZ.—¿Con la contestación de doña Teresita?

CONC.—No sé, no trae nada en la mano.

SAT.—(Entra corriendo pálido, demudado, jadeante, mirando hacia atrás y casi sin poder hablar, con el pelo cortado al rape.) ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Virgen Santa! ¡Ay, qué horror!

CONC.—¡Pero contra, cómo vienes! ¿Qué te pasa? ¡Sin pelo! (Coge una silla y la baja al proscenio, en la cual se sienta Saturnino de medio lado y con muchas precauciones.)

PÉREZ.—Pero, por Dios, hijo, ¿qué ha sido? ¿Y la melena?

SAT.—¡Ay, señor Pérez, me alegro que esté usté aquí! ¡Qué tragedia m'ha pasao!

CONC.—¡Pero habla, hombre!

PÉREZ.—¿Se ha vuelto loca al leer mi carta?

SAT.—¡Pior! ¡Verán ustedes lo que ha sido! Este me dió la carta para que la subiera, y voy yo y la subo: allego a la puerta del cuarto, llamo, abre la Emeteria y voy y la digo: «Pa tu ama», y la doy la carta, y en esto, ¡pum! don Fidel, que venía de la calle, penetra y se apodera de la carta.

CONC.—¡Rediez!

PEREZ.—¡Canario! ¿pero qué dices? ¡El marido! ¡Don Fidel!

SAT.—El mismo. Rasga el sobre, se empapa del contenido, se sonríe, me coge de un brazo, me saca a la calle, me lleva a una peluquería y le dice al maestro: «¡Pelen ustedes a este sujeto con el cero!» Me quedé *marmorio.*

CONC.—¡Qué horror!

PEREZ.—¡Qué bestia!

SAT.—(Llorando.) ¿Y ustés se recuerdan de aquella cabellera que yo tenía? Pues miren ustedes como me han dejado. (Enseñando la cabeza pelada.)

CONC.—¡Señores!

PEREZ.—¡Un melón!

SAT.—¡Y menos mal que yo creí que me lo calaban! Salí d'allí *estarnudando* y dando ayes de pena agarrao del brazo por don Fidel, y nos introducimos en una armería y va y compra un *regolver* de seis tiros y una navaja de lengua de vaca.

PEREZ.—¡De lengua de vaca! ¡qué horror! Sigue.

SAT.—Me saca a la calle, me pone de espaldas, me pega una patá.... donde se figurarán ustedes por la posición que ocupo, y me dice: «Vete y dile al señor Pérez que se decida por la Sacramental que más le guste, que ahora voy yo».

PEREZ. } (Aterrados.) ¡Canario!
CONC. } ¡María Santísima!

SAT.—Y me soltó, y yo me vine aquí sin saber por dónde venía, y aquí estoy sin pelo, sin gota de sangre y seguro de que esto que así a primera vista parece una sastrería, dentro de cinco minutos es una ensalá de escabeche.

CONC.—¡Ay, señor Pérez, que somos muertos! ¡Que me he quedao hecho un granizo!

SAT.—¡Va a ser un espanto! (Levantándose y subiendo a la puerta a observar si viene.)

PEREZ.—(Tratando de dar ánimos, pero muerto de miedo.) ¡Calma! ¡calma! La cosa no es... la cosa no es... darme un poco de agua.

CONC.—¡Ay, que ese *regolver* es pa nosotros!

PEREZ.—¡No asustarse, caramba! Eso son baladronadas de ese tío... ¿Dónde está mi sombrero?... He peleado con maridos mucho peores y... ¿me hacéis el favor del sombrero? (Deseando irse.)

CONC.—(Dándole el sombrero que Pérez se pone maquinalmente.) ¡Dios mío, si viene!

SAT.—¡Y yo sin pelo!

PEREZ.—¿Y dices que la lengua de vaca?

SAT.—Así de larga.

CONC.—¡Ay, señor Pérez, que nos hemos perdido!

PEREZ.—¡Yo sí que me voy a perder, pero ya me darán razón! ¡Mi sombrero, hombre, darme mi sombrero!

CONC.—¡Pero si lo tiene usté puesto! Huya usté.

PEREZ.—Y conste que si huyo no es por él.

CONC.—No; es por usté, ya me lo figuro.

PEREZ.—Y me voy, sí que me voy... pero no porque le tema... no porque.. (A Saturnino.) ¿Quieres hacer el favor de asomarte no sea que venga y tenga que matarlo en esta misma calle?

SAT.—(Asomándose.) No se le ve. Salga usté corriendo!

PEREZ.—¡Corriendo! Saldré pasito a paso y volveré. Esa mujer será mía.

CONC.—¡Corra usté, hombre!

PEREZ.—Pasito a paso. Pues no faltaba más. ¡Correr yo, para que digan que!... (Al llegar a la puerta y convencerse que no hay nadie, echa a correr, viéndosele pasar por el escaparate como un gamo.)

CONC.—¡Vaya un pasito pue lleva!

SAT.—¡Sesenta kilómetros por hora!

CONC.—(Bajando a Saturnino cogido de la mano y dejándose la puerta abierta.) Y tú, si pregunta el principal, le dices que yo soy inocente, y que tú no sabías lo que llevabas, que creías que era una factura.

SAT.—Sí, pero ¿y mi pelo?

CONC.—Date petóleo Gal y dentro de un mes verás qué felpudo.

Dichos y Pérez.

PÉREZ.—(Vuelve corriendo, aterrorizado, lívido y jadeante.) *Un mackferland. Un makferland*

SAT.—¡Usté otra vez!

CONC.—¡Cuerno! ¿Pero qué pasa?

PÉREZ.—¡*Un makferland*, por tu madre. (Todos corren de un lado a otro sin saber que hacer.)

CONC.—Pero...

PÉREZ.—¡El! ¡Don Fidel que viene!

CONC.—¡Rediez!

SAT.—(Dándole el «mackferland» del maniquí que está al pie del escaparate y arrastrándolo por el suelo en la precipitación.) Tome usté.

CONC.—¿Pero qué va usté a hacer?

PÉREZ.—¡Sálvame! Creo que me ha visto; no hay otro remedio. Mete eso ahí dentro, pronto. (Se pone el «mackferland» y Saturnino mete el maniquí segunda derecha)

CONC.—Señor Pérez, que lo que va usté a hacer es muy arriesgao. Mejor es que usté se esconda.

PÉREZ.—Las narices, que lo registrará todo. Calla, así me salvo. Ponerme precio. (Colocándose en el sitio del maniquí sobre la tarima.)

SAT.—Este.(Poniéndole un cartelón que dice: «Mackferland 90 pesetas» y pinchándole.)

PÉREZ.—¡Ay, me has clavao!

CONC.—(Desde la puerta.) Ya está aquí.

PÉREZ.—¡Disimulo, por Dios! (Poniéndose en la actitud de un maníquí.) Si salgo con bien, este *mackferland* para San Juan Nepomuceno.

SAT.—(Poniéndose detrás de la mesa y dirigiendo a Concordio.)Tú ponte a cortar, yo *ditaré.*

CONC.—(Corriendo a ponerse al lado de Saturnino.) ¡Silencio! (Se pone a trabajar. Aparece don Fidel foro derecha, dirigiéndose a entrar en la sastrería. Esta escena rapidísima y sin estarse quieto ni un segundo, vendo de un lado a otro.

Dichos y Pérez

FIDEL.—¡Buenos días!

CONC. } ¡Buenos! (Durante esta escena y la siguiente, Pérez da muestras de inquie-
SAT. } tud y no se está quieto un momento.)

CONC.—(Viendo que don Fidel mira a todos lados.) ¡Qué mirada tan felina!

FIDEL.—¿No ha entrado aquí? ¿No se ha metido aquí? ¿No está aquí?

CONC.—¿A... a... a... a quién se refiere usté?

FIDEL.—¡No me importa! Aquí, fuera de aquí, en el quinto infierno, donde quiera que esté, a las cinco en punto lo habré disecao.

CONC.—(A Pérez.) (¡Por Dios que le tiembla a usted el *mackferland!*

FIDEL.—¿Está el principal?

CONC.—Sí... sí... sí señor, está arriba; pero... pero tome usté asiento.

FIDEL.—No me da la gana. (A Saturnino.) Avísale, pelón. (Se pasea por la tienda.)

SAT.—Voy enseguida. (¡Y encima se pitorrea!) (Vase segunda derecha.)

CONC.—Cuidado que hace un calorcito, ¿eh?

FIDEL.—Pues a tí te va a molestar poco este verano.

CONC.—¡Dios mío!

FIDEL.—Me lo da el corazón. (Da un palo con el bastón en la mesa y Concordio se estremece. Pérez al golpe se asusta y pierde el equilibrio, cayendo de bruces en el escaparate, recobrando en seguida su posición.)

CONC.—Estamos aquí cortando, ¿sabe usté?

FIDEL.—¡Cortando! Pues a eso mismo vengo yo precisamente, a cortar. (Pasea nerviosamente.)

PÉREZ.—(Volviendo la cabeza rápidamente.) ¿Ha sacao ya la lengua?

CONC.—Que se le mueve a usté el precio. ¡Quieto, por Dios!

Dichos, don Braulio y Saturnino segunda derecha.

BRAU.—¿Quién me busca?

SAT.—El señor.

FIDEL.—Para servirle.

BRAU.—¡Hola, don Fidel! ¿Usted por mi casa?

FIDEL.—Por su casa de usted, sí, señor; y dispuesto a cortar de raíz lo que está pasando.

BRAU.—¡Caramba, don Fidel! Pero ¿qué pasa? Siéntese usted y dígame lo que sea. (Se sienta cerca de la división, don Fidel de espaldas al escaparate.)

FIDEL.—Pues mire usted, don Braulio: hace ya días, bastantes días, que vengo observando con profundo disgusto que...

BRAU.—Dispense usted un momento. (Dirigiéndose a Concordio.) ¿Es esa la manera que tenéis de limpiar los maniquís? ¿No estás viendo ese marckferlan lleno de tierra y?... (Por el que tiene puesto Pérez.) ¡Maldita sea! ¡Si uno no estuviera en todo!

CONC.—Hasido que la... no he tenido tiempo.

BRAU.—En seguida, saca los zorros y sacude. (Concordio saca los zorros y empieza a sacudir suavemente a Pérez.) Siga usted, don Fidel.

FIDEL.—Pues el objeto de mi visita es manifestar a usted que entre su numerosa clientela hay un parroquiano...

BRAU.—Dispense usted un momento. (Viendo como sacude Concordio.) ¿Es esa la manera de sacudir un maniquí? ¿Lo mismo que el espantamoscas?

CONC.—Don Braulio... yo... por no deteriorar las prendas...

BRAU.—¡Por no deteriorar! Dà fuerte o me levanto yo.

CONC.—(¡No hay remedio, señor Pérez!) (Le sacude unos zorrazos muy fuertes.)

PÉREZ.—¡Concordio, por tu salud, no me zurriaguees de ese modo!

BRAU.—Siga usted.

FIDEL.—Pues bien decía que entre su numerosa clientela se cuen[illegible]

Pérez, un viejo verde... (Concordio deja colgados los zorros en el hombro de Pérez y se coloca detrás de la mesa.)

BRAU.—¿Un tipo asqueroso que se las echa de conquistador de casadas?

FIDEL.—El mismo; sí, señor. Un bocón sinvergüenza que venía a mi tertulia del café donde nos reuníamos varios amigos, y nos contaba que si era el terror de los maridos, que si en un día conquistó a la mujer de un maestro de escuela, y de un americano, y de un torero, y de un aragonés, y de un capitán y otras gansadas de esa especie. Pues bien, ese tipo, ha tenido hoy la desgracia de enviar a mi mujer esta carta, con ayuda del sinvergonzón ese que tenemos el gusto de que nos oiga departir.

CONC.—(Con energía.) ¿Eso de sinvergonzón es por mí?

FIDEL.—(Con ira, levantándose; don Braulio trata de contenerle.) Sí, señor.

CONC.—(Saliendo de detrás de la mesa.) Pues eso me lo dice usté aquí...

FIDEL.—(Amenazador.) Y en todas partes.

CONC.—(Retrocediendo a su sitio.) Pues eso digo, que eso me lo dice usté aquí y no me ofende, pero me lo dice usté en la calle y me pone usted en mal lugar, don Fidel.

FIDEL.—¡En el que usted se merece, mamarracho! ¡Pues no faltaba más! (En voz alta para que se entereñ todos.) Por lo tanto, el señor Pérez es un cadáver insepulto y vengo a invitarle a usted a su entierro, que se verificará mañana y que sufragaremos por partes iguales, el capitán, el maestro de escuela, el aragonés, el americano, el torero y un servidor de usted.

PÉREZ.—¡Si me viera!

BRAU.—Hombre, yo creo...

FIDEL.—Nada, es cosa hecha. Ahora lea usted esa carta y dígame usted si no tengo razón. (Entregándole la carta. Se sienta.)

Dichos y Benítez.

(Benítez sale foro derecha, se para delante del escaparate, mira con atención y al ver a Pérez, se echa a reir.)

PEREZ.—(Aterrado al verlo.) ¡Dios mío, Benítez en el escaparate, me he perdido.

CONC.—(Aterrado.) ¡Anda, diez! ¡El seductor de Isabel la Católica! ¡Nos ha hecho la cusca!

BEN.—(Haciendo a Pérez señas exageradas para que salga.) ¡Sal, hombre! Pero, ¿que haces ahí con los zorros? ¡Que salgas!

PEREZ.—Decirle que calle, que me mata.

BEN.—¡La Balbina y la Pepa, pan comido! Ahí en el café las tengo aguardando, salte.

PEREZ.—Pegarle un tiro. Benítez, vete. (Le tira los zorros que caen en el escaparate. Concordio y Saturnino le hacen señas para que se vaya.)

BEN.—Pero, ¿qué decís? No os entiendo. (Riéndose.) Oye, ¿de quién es ese mackferland?

PEREZ.—De tu abuela, ladrón. ¡Vete!

BEN.—Que están esperando, vamos. (Haciendo señas de que salga.)

BRAU.—(Reparando en Benítez y en las señas que hace.) Pero, ¿qué es eso? ¿Quién es ese que está ahí, en el escaparate? (Levantándose y acercándose. Don Fidel hace lo propio.)

CONC.—(Tratando de disimular, mientras Benítez continúa con las señas.) Es... uno que pasaba... y se conoce que le ha gustao el traje de marinero.

BRAU.—(Viendo las señas.) ¿Qué?

BEN.—Es a ese; que salga.

BRAU.—¿Es a mí?

BEN.—¡Guasón! (Hace con la mano que no y señala a Pérez.)

FIDEL.—¡Parece que está loco! ¿Qué salga yo?

BEN.—(Haciendo burla.) ¡Aaaaaah! Ahora entro. (Desaparece del escaparate.)

BRAU.—¿A ver qué quiere?

PEREZ.—¡El diluvio!

SAT.—¡Se acabó el panizo!
CONC.—¡Hemos merao!
BEN.—(Entrando.) Pero, ¿es que le ha dado a ese un accidente?
BRAU.—¿A quién?
BEN.—Nada, que no me quiere contestar y el tener mackferland no es para ponerse así con un amigo.
BRAU.—Pero, ¿a quién se refiere usted?
BEN.—¿Pues a quién me voy a referir? A ese del mackferland.
BRAU.—Pero, hombre, por Dios, ¿está usted loco? ¡Pero si eso es un maniquí!
BEN.—(Riendo.) Oye, ¿pues no dicen que eres un maniquí, Pérez? (Acercándose a él.)
PEREZ.—(Tirándolo al suelo de una bofetada.) ¡Maldita sea tu estampa, ladrón!
BEN.—¡Rediez!
BRAU.—¡Era Pérez!
FIDEL.—(Iracundo.) Era Pérez, lo rebano. ¡Canalla!
CONC.—¡Por Dios!
SAT.—¡Dios mío!
PEREZ.—(Huye tirando lo que encuentra al paso, y pasa corriendo por el escaparate.) ¡Socorro! ¡que me mata!
FIDEL.—(Siguiéndole, revólver en mano.) ¡Vas a morir!
BRAU.—(Siguiéndole.) ¡Por Dios, don Fidel! (Benitez huye en el mismo sentido. Después de que han pasado por el escaparate, suena un tiro, Concordio y Saturnino dan un grito de espanto y telón rápido.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Calle de Madrid.

Al hacerse la mutación y durante la música, óyense por la derecha voces y escándalo lejano, que se acerca progresivamente hasta llegar claro y distintamente al público. Oyense voces que gritan: «¡A ese!» «¡A ese!» Ladridos de perros y algarabía de chiquillos. Sale Pérez jadeante por la derecha, con el markferland puesto y el cartelón del precio todavía prendido, sucio de barro y con la agitación natural de una carrera desenfrenada. Atraviesa la escena de derecha a izquierda, desapareciendo inmediatamente. Detrás de él y con espacio, salen dos guardias de Orden público con los sables desenvainados y corriendo, seguidos de un grupo de chiquillos, tropieza un guardia al salir y cae, cayendo al tropezar con él dos o tres chiquillos. Se levantan rápidamente y desaparecen. Tras ellos, varios hombres y algunas mujeres. Todos pasan corriendo y gritando: «¡A ese!» Cuando han desaparecido, que coincide con el final del número, salen corriendo también y dando voces, don Fidel empuñando un revólver y don Braulio tratando de sujetarlo.

FIDEL.—¡Asesino! ¡Ladrón! ¡Cogerlo!
BRAU.—¡Por Dios, don Fidel! ¡Por Dios, deténgase usted! ¡No se comprometa por ese tipo!
FIDEL.—(Riéndose.) ¡Quite usted, hombre, si estoy tranquilo! Por ahora he logrado mi objeto. El susto y la carrera son morrocotudos.
BRAU.—¿Pero no le ha tirado usted con bala?
FIDEL.—¡Quiá, no señor! Si lo que le he tirado ha sido un garbanzo de pega. ¿Cree usted que ese mamarracho vale la pena de que un hombre de bien se comprometa?

Brau.—¡Hombre, yo como le he oído a usted hablar en la sastrería de aquel modo!...

Fidel.—Para que me oyesen los dependientes y se lo dijeran; porque mire usted, don Braulio, à ese sujeto que ha tratado de ponerme en ridículo inútilmente, debía yo haberle levantao la tapa de costumbre en semejantes casos, pero no me tiene cuenta, prefiero matarlo de un susto, ¿y usted ha visto el que le acabo de dar?

Brau.—Sí, señor.

Fidel.—Pues no es nada para el que le preparo esta noche.

Brau.—¿Otro susto?

Fidel.—¡Horrible! Les he contado lo que me pasaba a cinco o seis amigos de buen humor de los que van al café, y le tenemos preparada una, que como Pérez caiga en el lazo y vaya al baile de esta noche, que es lo que queremos, allí pagará todo lo malo que ha hecho en su vida.

Brau.—Muy bien hecho. ¿Y qué es, qué es?

Fidel.—Es un plan muy vasto. Venga usted al baile esta noche, que va a pasar un buen rato.

Brau.—¡Pues sí que iré, hombre! Y hasta tomaré parte en la combinación si quieren ustedes.

Fidel.—Aceptado, vamos a la sastrería y le explicaré a usted la cosa.

Brau.—Vamos allá.

Fidel.—Y diga usted que con la broma que le preparamos, ese Tenorio con lañas ha acabado hoy mismo de molestar a las mujeres honradas. Vamos. (Vanse derecha. Música y)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Telón corto, más largo, sin embargo, que el anterior, Representa una calle, uno de cuyos primeros edificios es un teatro con pórtico iluminado. La entrada del teatro practicable por el telón. En la cartelera, carteles con alegorías de Carnaval y letreros que dicen: «Baile de máscaras. Gran concurso de Comparsas.

Al levantarse el telón del cuadro anterior aparecen ante la puerta del teatro revendedores, pollos 1.º y 2.º, revendedor 1.º guardias de orden público y máscaras, que entran en el baile. Varios concurrentes. Sigue la música.

Revends.—(Voceando.) ¡Billetes! ¡Billetes *pal* baile! ¿Quién quié billetes? A su precio billetes. (Lo repiten constantemente, cuidando de no cansar. Se acercan algunos pollos y compran billetes. Las máscaras animan el cuadro con su ruido bullicioso.

Rev. 1.º—(Al pollo 1.º) Hombre, Pollo, vaya usté a aquella calle de más arriba, que la están adoquinando, y coja usté la vez.

Pollo 1.º—Poquito a poco con lo que se dice, ¿sabe usted?

Rev. 1.º—¡Pues no me ofrece una peseta menos!

Pollo. 1.º—¡Insolente!

Pollo 2.º—(Al 1.º) ¡Déjalo!

Rev. 1.º—(Separándose.) ¡Billetes! ¡A su precio billetes!

Pollo 2.º—(Mirando primera derecha.) ¡Mira! ¡Mira qué comparsa viene!

Pollo 1.º—Son las modistas del principal de mi casa. Qué bonitas ván, ¿eh? Esa comparsa se titula *La Noche*.

Pollo 2.º—Hay cada oficiala que desvanece. Vamos adentro. (Entran en el teatro. después de adquirir billetes Todos los demás personajes van desapareciendo de escena.)

Doña Teresita y sus oficialas (coro de señoras). Salen de dos en dos, ejecutando unas evoluciones para venir a quedar frente al público en fila.

CANTADO

TODAS.

Ya la luz del día
se hundió en Occidente.
Vamos avanzando
misteriosamente,
mientras de las sombras
el tupido tul
rápido se extiende
por el cielo azul.
Llega de la noche
la calma tranquila
que al reposo incita
y la soledad.
La luz de los astros
trémula titila
débil combatiendo
con la oscuridad.
Nuestro velo ampara
goces infinitos,
plácidos arrullos
de intenso placer.
Las pasiones duermen
ahogando sus gritos
y el largo silencio
las hace crecer.

—

Estrella que estás brillando,
alegra con tu fulgor.
las penas y las tristezas
que tengo yo por mi amor.
Atiende, por Dios, mis quejas,
ampárame por piedad
y dame con tu alegría
con tu alegría felicidad.

—

Luna serena,
clara y hermosa.
¡Cuántos secretos
debes saber!

—

Ya la luz del día
se hundiò en Occidente.
Vamos avanzando
misteriosamente,
mientras de las sombras
el tupido tul,
rápido se extiende
por el cielo azul.

(Entran en el baile.)

Perez y Concordio.

HABLADO

(Salen por la primera derecha vestidos de Pierrot con trajes blancos con adornos azules. Pérez sorriendo y Concordio tirándole de la capa.)

PEREZ.—¡Ellas, ellas son! Corre...

CONC.—Pero pare usté, hombre, pare usté y acabe de explicarme la cosa. ¿Cómo dice usté que ha sido?

PEREZ.—¿Que cómo ha sido? Pues como tenía que ser. Que doña Teresita ha sucumbido.

CONC.—¿De manera que a pesar del *regolver* de don Fidel y de haber sacao la *lengua*, doña Teresita...

PEREZ.—Magnetizada por mis efluvios.

CONC.—¡Rediez! ¿Y qué le habrá gustao de usté?

PEREZ.—Yo estoy en que *la silueta*.

CONC.—Pues con *la silueta* de usté y un letrero debajo que dice: *Escocia*, los he visto yocolgaos en las tiendas de ultramarinos. Güeno, ¿y el momento de la revelación, cómo ha sido?

PEREZ.—Pues verás. Ya sabes que esta tarde...

CONC.—¡Ha corrido usté un peligro atroz!

PEREZ.—He corrido un peligro atroz y catorce o quince calles yéndome a los alcances don Fidel con la navaja en la mano. Además me perseguían guardias y chiquillos, me ladraban los perros... Una mujer al verme el precio en la espalda ha dicho: *Tan viejo y 90 pesetas. ¡Qué caro!* Otras, en cambio, me decían: *¡Qué lástima que se le haga tarde!* Al fin gano mi casa, entro en el portal, cuando en esto siento que me coge del mackferlán una mano más blanca que el requesón de Miraflores y a prueba y me detiene. ¡Era una joven encantadora! Me da esta carta y desaparece cual gacela fugitiva. Cojo trémulo la misteriosa epístola y *oíe*, digo huele. (Se acerca la carta a las narices.)

CONC.—Lilas blancas.

PEREZ.—Lilas.

CONC.—¡Me escama el olorcito!

PEREZ.—Y a mí, pero rasgué el sobre y empápate. (Leyendo a forma de telegrama.) «Mi desvío fingido.—A pesar de los pesares vaya usted al baile esta noche. —Disfraz Pierrot. —Color blanco y azul.—Me acercaré.—Tu T.—10-2-03.»—Un rabo y comillas; este es el texto.

CONC.—¡Anda, diez! Pues no hay duda, es doña Teresita. Además, conozco la letra; es la suya.

PEREZ.—¡Pues claro! ¡Ella! ¡Ella que se rinde como tantas otras!

CONC.—¡Señor Pérez, el burlador de Sevilla comparao con usté, era un perro chico de mojama!

PEREZ.—Concordio, he vencido. Pasa, pasa y goza con mis triunfos, cortador agraciado.

CONC.—¡Adentro!

PEREZ.—¡Ah, oye! ¿tú llevas dinero?

CONC.—*Deciocho* pesetas.

PEREZ.—Trae, las juntaremos. (Concordio se las entrega.)

CONC.—¿Usté qué lleva?

PEREZ.—Pues... (Guardándose el dinero.) Dieciocho pesetas. Adentro. (Al llegar a la puerta del teatro y haciendo un desplante.)

«Uno para enamorarlas,
otro para conseguirlas
y una hora para olvidarlas.»

CONC. ¿Qué es lo que decís, don Juan?

PÉREZ. Don Luis, lo que oído habéis.

(Entran.)

MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

Salón restaurant de un baile. Al foro puerta grande y practicable por donde se ve un «foyer» donde discurren infinidad de máscaras. En el foro derecha un mostrador con fiambres, platos, botellas, etc. En la segunda derecha una puerta practicable. Una pequeña parte de la izquierda de la escena está dividida por una especie de biombo con puerta y cortina de damasco encarnado formando un cuarto reservado en donde habrá una mesa grande, divanes, sillas, perchas, etc. En la segunda izquierda, puerta practicable que da naturalmente salida y acceso a este gabinete. En el restaurant, mesas, sillas, veladores con servicios diferentes. Tanto el salón como el reservado muy iluminado.

Al hacerse la mutación aparecen sentados grupos de máscaras con disfraces variados y algunos concurrentes que comiendo y bebiendo ocupan las mesas del restaurant. Mariano detrás del mostrador. El camarero 1.º y varios más discurren por el salón sirviendo. La Bella Cocotero con tres máscaras más vestidas con trajes caprichosos de marinero, ocupan una mesa de primer término con el Pollo 1.º y Pollo 2.º y varios caballeros.

MÚSICA

Coc.—(Bebiendo.)
Esta por mi niño.

Homb. 1.º—(En otra mesa, ofreciendo una copa a su pareja.)
Vaya otra de Ojén.

Homb. 2.º—(A otro, por la Cocotero.)
¡Esta americana
me estaría bien!

Homb. 3.º—(En otra mesa.)
Oye, camarero,
no seas pesao;
te he dicho que traigas
otras dos de *Miau*.

Homb. 4.º—(Llamando.)
¡Mozo!

Homb. 1.º ¡Mozo!

(Mariano toca el timbre para que acudan los camareros.)

—

Todos. El tiempo es un gorrión
guiri, guiri, guiriguí,
guiri, guiri, guirigó.
Volando siempre va,
guiri, guiri, guiriguí,
guiri, guiri, guirigó.
Por eso *tut le mon*,
guiri, guiri, guiriguí,
guiri, guiri, guirigó,
se debe aprovechar
cuando haya una ocasión
para gozar
(Silban a compás de la música.)
Después del *restaurán*
iremos al salón,

que allí con loco afán
se alegra el corazón.

—

Que cante la Cocotero
y anime la reunión.

Coc. Cantaré con gran gustito.
si acompañan la canción.

Pollo 1.º Si usté quiere platanito,
yo la puedo acompañar.

Coc. Muchas gracias, yo voy sola.
no me gusta incomodar.

—

Todos. Venga ya. Venga ya.

(La Cocotero avanza al proscenio, todos prestan gran atención. Algunos de los que están en las últimas mesas se ponen de pie en las sillas para ver mejor, como asimismo avanzan varias de las máscaras que aparecen en la puerta del «foyer».

I

Coc. En lazo indisoluble mister John
se unió con una miss.

Todos. Se unió con una miss.

Coc. Causando extraordinaria admiración
la boda en su país.

Todos. La boda en su país.

Coc. Tuvieron mil regalos de un valor
que no se vió jamás.

Todos. Que no se vió jamás.

Coc. Pero el valor que demostró el inglés
uniéndose a la miss
fué mucho más, fué mucho más.

Todos. Fué mucho más, fué mucho más.

Coc. Porque la miss, antes de un mes,
con mister Liss, que era escocés,
se fué a París, yendo después
a Dax y Nice y Budapest
diciendo *bis* y estando un mes
entre París y Budapest
contando Nice; conque ya ves.
¡Vaya una miss y vaya un mes!

Coro Porque la miss, antes de un mes, etc., etc.

II

Coc. La rica Ketti Grett se enamoró
del joven William Bul.

Todos. Del joven...

Coc. Sin reparar en que éste era *miló*
tan fino como un tul.

Todos. Tan fino...

Coc. Sedujo a la doncella el muy truhán
y a costa de la Grett.

Todos. Y a costa...

Coc. Se dió una vida propia del sultán
que rige en el Orán,
o en Marrasquet, o en Marrasquet.

Todos. O en Marrasquet, o en Marrasquet.

Coc. Como este Bul hay más de mil

en Stambul y en Guayaquil.
Pintan azul su amor febril,
corren un tul y son Rostchild.
TODOS. Como este Bul, etc., etc.
(Termina bailando la Cocotero el baile inglés entre las aclamaciones y aplausos del auditorio.)

HABLADO

POLLO 1.º—¡Y ahora a bailar! ¡Al salón!

TODOS.—¡A bailar, a bailar! (Bis en la orquesta y desfilan todas las máscaras dejando solo el restaurant.)

Mariano, dueño del restaurant; Camarero 1.º, don Fidel y don Braulio, que vienen del «foyer» con dominós y acompañados de la Oficiala 1.ª

FIDEL.—(A la oficiala.) ¿De manera que ha llegado ya el señor Pérez?

OFIC. 1.ª—Sí, señor; allí en el salón está con doña Teresita y las demás.

FIDEL.—(A don Braulio.) ¿No le dije a usted que caería?

BRAU.—¿Y ha venido Concordio con él?

OFIC. 1.ª—Sí, señor; también está allí.

BRAU.—¡Ja, ja! ¡La broma es de primera!

OFIC. 1.ª—¿Dice la maestra si pueden venir ya hacia aquí?

FIDEL.—Aguarda un instante, que vamos a prepararlo todo. (Llamando.) Mariano.

MAR.—(Saliendo de detrás del mostrador.) ¡Hola, Fidel!, ¿vosotros aquí ya? ¿Ha venido el viejo?

FIDEL.—Ya está en el salón. ¿Y los amigos?

MAR.—Hace media hora que los tengo esperando.

FIDEL.—Que salgan.

MAR.—(Yendo a la segunda derecha.) Salid.

Dichos y los cuatro amigos que salen cautelosamente

AMI. 1.º—¡Hola!

FIDEL.—(Imponiendo silencio.) ¡Chist!

AMI. 1.º—Aquí estamos.

FIDEL.—¿No falta nada?

AMI. 1.º—Nada. ¿Y las instrucciones?

FIDEL.—Las que hemos convenido.

BRAU.—En cuanto suene una palmada, a vuestros puestos. Lo demás ya lo sabéis.

FIDEL.—Eso es.

AMI. 1.º—Pues vamos allá. (Esta escena debe hacerse conteniendo todos la risa a duras penas.)

BRAU.—Vamos. (Vanse al reservado y desaparecen por la puerta de la izquierda.)

OFIC. 1.ª—¡Que vienen, que vienen ya!

FIDEL—Pues a prepararse y atentos a la palmada. (Vase la oficiala al «foyer», Mariano al mostrador y el camarero 1.º a trajinar en las mesas. Don Fidel vase por la segunda izquierda.)

Pérez, Concordio, doña Teresa y las oficialas. Vienen del «foyer» moviendo gran algazara. Pérez trae del brazo a doña Teresita y Concordio a las oficialas 1.ª y 2.ª, las demás le rodean.)

PÉREZ. ¡A beber, a beber y apurar
las copas de licor!...

(Todos le imitan y aplauden.)

CONC.—¡Camarero! ¡Camarero!

CAM.—Mande usté.

CONC.—¿Podemos pasar al reservado?

CAM.—Sí, señor.

PEREZ—Adentro, niñas. (Entrando en el reservado.) ¡Alegría, bullicio y frenesí! ¡Viva el frenesí

TODOS.—¡Viva!

CAM.—¿Y qué desean los señores?

CONC.—*Champagne*.

PEREZ—¿Queréis *Champagne?*

TODAS.—¡Sí! ¡Sí!

PEREZ—¿Y usted qué quiere, Teresita?

TER.—¡Ay, yo estoy muy nerviosa! Que me traigan un *bisté*.

PÉREZ—Pero no te afectes, tonta.

CAM.—¿Y el *champagne* qué marca?

CONC.—(Pronunciando como se escribe.) *Veuve Clicotte Posardín; Gladiateure* y *Carte blanche, uña butelle.*

CAM.—¿De cada clase?

CONC.—Mezclao.

OFIC. 2.ª—¿Hay leche merengada?

CAM.—No, señora.

OFIC. 2.ª—Pues entonces, huevos con tomate para mí.

OFIC. 3.ª—Yo jamón.

OFIC. 1.ª—A mí *antrecó*.

OFIC. 4.ª—Café con media, camarero.

CAM.—Bueno, bueno. (Vase al mostrador y vuelve a su tiempo con una botella de Champagne y copas.)

CONC.—(A las oficialas, que le rodean en la mesa, formando un grupo para dejar aparte a Pérez, que queda sentado en un diván al lado de doña Teresita.) Bueno, y vamos a ver, niñas, ¿cuál va a ser la primera que le va a dar un beso al chacho?

TODAS.—¡Yo, yo, yo!

CONC.—¿Y en qué carrillito?

OFIC. 1.ª—En este. (Le dá una gran bofetada.)

CONC.—Oye tú, que no es alquilao. (Va al foro y las oficialas le siguen alegremente.

PEREZ.—(Loco de amor a Teresita.) Vamos, que no es porque esté usted delante, pero verme yo al lado de una diosa, con esos ojos, y esos brazos, y... ¡Te idolatro, sí te idolatro, Teresa!

TER.—No me fío. Conozco las picardías de usted. Sé lo de los cinco maridos. ¡Pobres víctimas!

PEREZ—Teresita, disipa los recuerdos vagos de una existencia tumultuosa. Yo soy un vago, un vago recuerdo de lo que fuí, porque te amo. Amame tu y a vivir.

CAM. 1.º—(Entrando con el servicio.) El vino.

PEREZ—¡A vivir, digo a beber!

TODAS—¡Bravo! ¡Bravo! (Rodeando la mesa, cada uno con su copa, y el camarero descorcha el Champagne.) Escancia, Ciutti. (Llenan las copas.)

TER.—¡Que brinde Pérez!

TODOS.—¡Que brinde!

PEREZ.—(Subiéndose en la mesa.) Voy a brindar. Amigas mías.

OFIC. 1.ª—¿Qué?

CONC.—Calla.

PEREZ.—Brindo por el amor universal...

TODOS.—¡Bravo!

PEREZ.—Por el esparcimiento y la alegría...

TODOS.—¡Bravo!

PEREZ.—Brindo... por usía... ¡Viva el amor!

TODOS.—¡Viva!

PEREZ.—El amor... que es poesía... es luz... es luz... (Suena una palmada y queda el teatro a oscuras. Las mujeres huyen primera izquierda, dando chillidos estridentes y ensordecedores, mientras Pérez no hace más que repetir.) ¡Luz!... ¡Camarero, luz! ¡Camarero. luz!...

CONC.—¡Que nos hemos quedado a oscuras!...

PEREZ.—¡Luz... luz! (Se extingue el griterío de las mujeres, y al encenderse de nuevo la luz, aparecen sentados en la mesa los cuatro amigos; don Fidel y don Braulio; los cuatro primeros, uno de capitán, otro de maestro de escuela, otro de torero y otro de baturro; don Braulio de americano con traje blanco: todos aparecen blandiendo unas estacas descomunales. Pérez, que durante la oscuridad ha bajado de la mesa, al encontrarse con este cuadro da un grito de espanto y cae sentado en el diván y Concordio a su lado.)

PEREZ.— (Después de una pausa.) ¡Rediez! (Con terror.)

CONC.—¡Dios mío! (Con espanto.)

FIDEL.—¡Santas y buenas noches!

PEREZ.—¡Los maridos!

CONC.—¡Y yo sin chichonera!

PEREZ.—(Aterrado.) Concordio.

CONC.—(Con espanto y cogiéndole una mano.) ¡Señor Pérez, qué es esto!

PEREZ.—Esto, una mano...

CONC.—Ya lo sé; digo esto que tenemos delante.

PEREZ.—Una mano de palos que no va a tener fin. Señores: esto debe ser una broma que la... y francamente... nosotros, con permiso de ustedes, nos... (Intentan huir. Los seis levantan las estacas al mismo tiempo.) nos sentaremos, bueno; pero ustedes tendrán la bondad de decir...

Los 6.—¿Qué has hecho de nuestras honras?

PEREZ.—Señores... yo... la verdad...

Los 6.—¿Qué has hecho de nuestras honras?

CONC.—Pero, hombre, ¿quiere usté hacer el favor de decirles qué ha hecho de las honras?

PEREZ.—¡Pajaritas, mira éste!

FIDEL.—Siéntate y oye tu sentencia. (Pérez hace otro movimiento de huir, los seis levantan las estacas y se sientan.) Pérez, terrible Pérez, coco de los maridos; tus víctimas, constituídas en tribunal, te condenan a la pena de cuarenta y cinco estacazos, que te serán suministrados por la mano de tu cómplice Concordio Iturzaeta.

CONC.—¡Yo pegarle a un amigo!

PEREZ.—¡Señores, por Dios! (Hace un movimiento para avanzar y levantan las estacas.)

FIDEL.—¡Chist! Acérquese él pollo.

CONC.—¿Servidor?

FIDEL.—El mismo. (Avanza Concordio.) Coja esta estaca (La que tiene en la mano.) y arréele los cuarenta y cinco consabidos al distinguido carcamal que nos escucha, en la inteligencia que si no lo cumple, le serán atizados a usted varios por la víctima número cinco.

AM. 2.º—(De baturro.) Presente. (Empuña la estaca.)

PEREZ.—Señores, por Dios, que yo no he conquistado a nadie; que todo era mentira, que yo...

FIDEL.—Cúmplase la sentencia. Atice el pollo.

PEREZ.—(Al ver que Concordio levanta la estaca.) ¡Concordio, no me pegues, no hagas caso, que es una broma! (Sujetándole el brazo.)

CONC.—Pero señores, ¡por Dios! a un amigo.

AM. 2.º—Atiza u t'arreo.

FIDEL.—Cúmplase. (El amigo 2.º da un estacazo a Concordio quien al sentir el golpe, levanta su estaca para pegar a Pérez, sujetándole éste el brazo fuertemente para que no pueda pegar.)

PEREZ.—Concordio, por tu madre, no hagas caso, que es una broma.

CONC.—(Vaciladdo.) Señor Pérez, usté dispense, pero es muy pesada y yo...

FIDEL.—Insista el baturro. (El mismo juego.)

CONC.—(Ya decidido.) ¡Rediez, que dan de alma! Señor Pérez, usté disimule; ya e usté cuánto le quiero, pero... (Empieza a darle estacazos, mientras el Amigo 2.º pega a los dos: corre por la escena Pérez huyendo breves instantes.)

PEREZ.—¡Socorro, favor! ¡Por Dios!

FIDEL.—¡Alto!

PEREZ.—(A Concordio.) ¡Alto, hombre, alto! (Concordio y el amigo segundo se detienen.) ¿No oyes?

FIDEL.—No, si digo que alto, que en la cabeza.

PEREZ.—(Al ver que levantan las estacas.) Perdón, perdón, don Fidel.

FIDEL.—Bueno, se suspende la sesión por cinco minutos.

Dichos, doña Teresita y Oficialas.

TER.—(Primera izquierda.) Dejadlo, dejadlo ya. Que yo le perdono.

PEREZ.—¡Ay, gracias, doña Teresita! Y usted, don Fidel, duerma usted tranquilo, que yo le juro que no vuelvo a dirigirme en mi vida a ninguna mujer casada y menos a su señora de usted.

FIDEL.—¿De veras?

PEREZ.—Palabra.

FIDEL.—Pues que le sirva de escarmiento esta lección y ahí va el indulto. (Le vuelve de espaldas y le da un puntapié.)

PEREZ.—(Quejándose.) ¡Rediez! Indulte usted a ese también. (Por Concordio.)

CONC.—(Huyendo.) ¡No, a mí que no me levanten el castigo!...

FIDEL.—¡Fuera, so mamarracho!

CONC.—¡Por Dios! (Risas generales. A Pérez.) ¡Y oiga usted, señor Pérez, a mí no me vuelva usted a meter en líos de estos!

PEREZ.—¡No temas, oh sastre; es el primer marido que me falla! Esta será la última aventura de *¡El terrible Pérez!*
(Al público.)

Y esta sencilla humorada
sin pretensiones ni nada.
aquí tiene fin, señores.
Indultad a los autores,
pero no de una patada.

(Música y)

TELÓN

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡¡EUREKA!!

Buen humor, por la comodidad.
Economía por la duración.
Elegancia, por la novedad.
Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID

DEPURADOR HIGIÉNICO Y RÁPIDO

"ARSO"

CARDENAL CISNEROS, 28. - MADRID

La Novela CORTA

después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, **para complementar su apostolado de divulgación literaria** va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada una de ellos **una sola obra** en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMÁNTICA

Larra.—Espronceda.—Patricio de la Escosura.—Martínez de la Rosa.—Enrique Gil.—Fernández y González.—Ortega y Frías.—Hartzembusch --Gertrudis G. Avellaneda.—Pastor Díaz.—Aiguals de Izco.—Navarrete.—Pérez Escrich.—Pilar Sinués.

NOVELA HISÓRICA

F. Patxot.—Cánovas.—Vicceto.—Balaguer.—Navarro Villoslada.—Amos de Escalante.—Castelar.

NOVELA NATURALISTA

Fernán Caballero.—Miguel de los Santos Alvarez.—El Solitario.—Mesonero Romanos.—Pereda.—Valera.—Clarín.—Selgas. — Alarcón. — Arturo Reyes.

También rendiremos un homenaje a la memoria de nuestros grandes escritores y poetas.

POETAS

Zorrilla.—Trueba.—Becquer. — Carolina Coronado.

ESCRITORES

Ganivet.—Silverio Lanza.—Taboada. Eusebio Blasco.—Alejandro Sawa.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, estas grandes novelas extractadas irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por la C. de Pardo Bazán, Rodríguez Marín, Azorín, M. Bueno y C. de Castro

Estos números HOMENAJE, serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

FRINE

REVISTA FEMENINA CULTURAL

EL PRÓXIMO JUEVES

LAS JOYAS

SUMARIO

Su significación.-Su historia. Joyas célebres. - Elección de joyas.-Alhajas que se deben llevar.-Las piedras preciosas.-Su significación y propiedades.

Joyas.—Significación de las joyas.—Historia de las joyas.—Joyas Nacionales.--La sortija.—Collares.—Aretes.—Brazaletes.—El «Pendentif».—Broches y alfileres.—Alhajas de la cabellera.—Alhajas exóticas. Piedras de día y de noche.—Joyas falsas.—Para reconocer la autenticidad de un diamante. — Piedras preciosas.—El diamante.—Diversas clases de piedras.—Las perlas.--Coral, Ambar y Azabache.--Alhajas que se deben llevar.—Clasificación de las piedras.—Propiedades y virtudes de las piedras.—Piedras grabadas.—Elección de piedras.—Propiedades de las piedras.—Piedras que deben llevarse cada mes.—Lenguaje y supersticiones de las piedras.—Cuidados de las alhajas.

15 cénts.

3 0112 098522946

LA LÁMPARA OSRAM

ES LA MÁS ECONÓMICA

TIBURCIO - JOSÉ

LUCE MUCHO Y GASTA POCO

CONCESIONARIO: LEÓN ORNSTEIN—MADRID.

Oficinas y Talleres de PRENSA POPULAR propietaria de **La Novela Corta, La Novela Teatral y Friné,** Antonio Palomino, núm. 1, y Calvo Asensio, núm. 3.—MADRID.